

DESASTRES CAPITALES Y MUDANZAS SUSPENDIDAS: MÉXICO (1629) Y LIMA (1746)

CAPITAL DISASTERS AND SUSPENDED MOVES: MEXICO (1629) AND LIMA (1746)

Resumen

México y Lima, las dos capitales más grandes e importantes de los virreinos españoles en América, comparten algunas similitudes significativas: una de ellas es su exposición a graves desastres naturales en determinados momentos de su historia, tan dramáticos que hicieron que sus habitantes consideraran la posibilidad de mover las ciudades establecidas a territorios más seguros. Para la Ciudad de México, el evento crítico fue la terrible inundación de 1629; para Lima, el devastador terremoto de 1746. Este artículo analiza el manejo post-desastre comparando ambos casos, con mudanzas que no llegaron a realizarse.

Palabras clave

Arquitectura Tradicional, Historia, Patrimonio.

Adriana Scaletti Cárdenas

Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Arquitectura
Facultad de Arquitectura y Urbanismo
Lima, Perú

Arquitecta por la universidad Ricardo Palma de Lima (Perú), magíster en Restauración de Monumentos por la universidad 'La Sapienza' de Roma (Italia) y doctora en Historia del Arte por la universidad Pablo de Olavide de Sevilla (España). Actualmente es profesora Asociada en la Pontificia Universidad Católica del Perú en el Departamento de Arquitectura, y coordinadora del grupo interdisciplinario de investigación 'Patrimonio Arquitectónico PUCP'.

ISSN 2254-7037

Fecha de recepción: 14/IV/2018
Fecha de revisión: 25/IV/2018
Fecha de aceptación: 20/IX/2018
Fecha de publicación: 30/XII/2018

Abstract

Mexico and Lima, the two largest and most important capital cities of the Spanish vicerealties, share some significant similarities: one of them is their exposure to serious natural disasters at certain times in their history, so dramatic that made its inhabitants consider the possibility of moving the established cities to safer territories. For Mexico City, the critical event was the terrible flood of 1629; for Lima, the devastating earthquake of 1746. This article analyzes the post-disaster management comparing both cases, where changes were never carried out.

Key words

Heritage, History, Traditional Architecture.

DESASTRES CAPITALES Y MUDANZAS SUSPENDIDAS: MÉXICO (1629) Y LIMA (1746)¹

A fines del siglo XVI, España controlaba un vasto territorio ultramarino, “donde no se ponía el sol”. Se establecieron entonces los virreinos de Nueva España y el del Perú, y se fundaron “a la española” las ciudades de México y Lima como capitales para ellos: la primera sobre la antigua capital azteca; la segunda buscando potenciar un asentamiento con salida al mar.

Ambas ciudades tenían, además de las características de su riqueza cultural precolombina, otro tema en común: estaban expuestas a desastres naturales de una magnitud hasta entonces desconocida para los conquistadores. Estos eventos, típicamente recurrentes, habían determinado una evolución específica en los materiales y tecnologías de construcción, y debieron ser estudiados y entendidos por los europeos, enfrentados a la necesidad de sobrevivir en el Nuevo Continente. En otras situaciones, las ciudades se trasladaron de lugar, recomenzando más de una vez su historia como ocurriera en Antigua (Guatemala) o Concepción (Chile); pero en estos dos importantes casos ello no sucedió: perseveraron, y México y Lima se alternaron en los siglos siguientes el título de “principal” entre las ciudades de los Reinos de las Indias.

1. 1629, MÉXICO: LA LARGA INUNDACIÓN

El asentamiento inicial de lo que hoy es la ciudad de México se remonta a la migración de la tribu *nahuatlaca* de los aztecas, desde algún lugar al norte de Mesoamérica hacia la cuenca del valle de México en el año de 1221, aunque la construcción de Tenochtitlán no empezó sino hasta alrededor del año 1325, según la tradición. Esta relata que la fundación se dio bajo los auspicios del dios Huitzilopochtli en torno a un islote en el lago de Texcoco, en islas artificiales flotantes conocidas como *chinampas*, que sirvieron también como base para el relleno de los márgenes pantanosos del lago años después².

Conocemos la ciudad azteca de Tenochtitlán gracias a las crónicas —indígenas y europeas— de los primeros momentos de la conquista española, además de las evidencias arqueológicas. Era, sin duda, una maravilla de manejo hidráulico sobre el lago y un ejemplo excelente de ordenamiento urbano, con amplias plazas e impresionantes templos... y con funcionarios públicos, los *calmimilócatl*, cuyo mandato era vigilar que se respetara la traza. Esta se organizaba a través de una retícula cuadrículada de canales —la vía

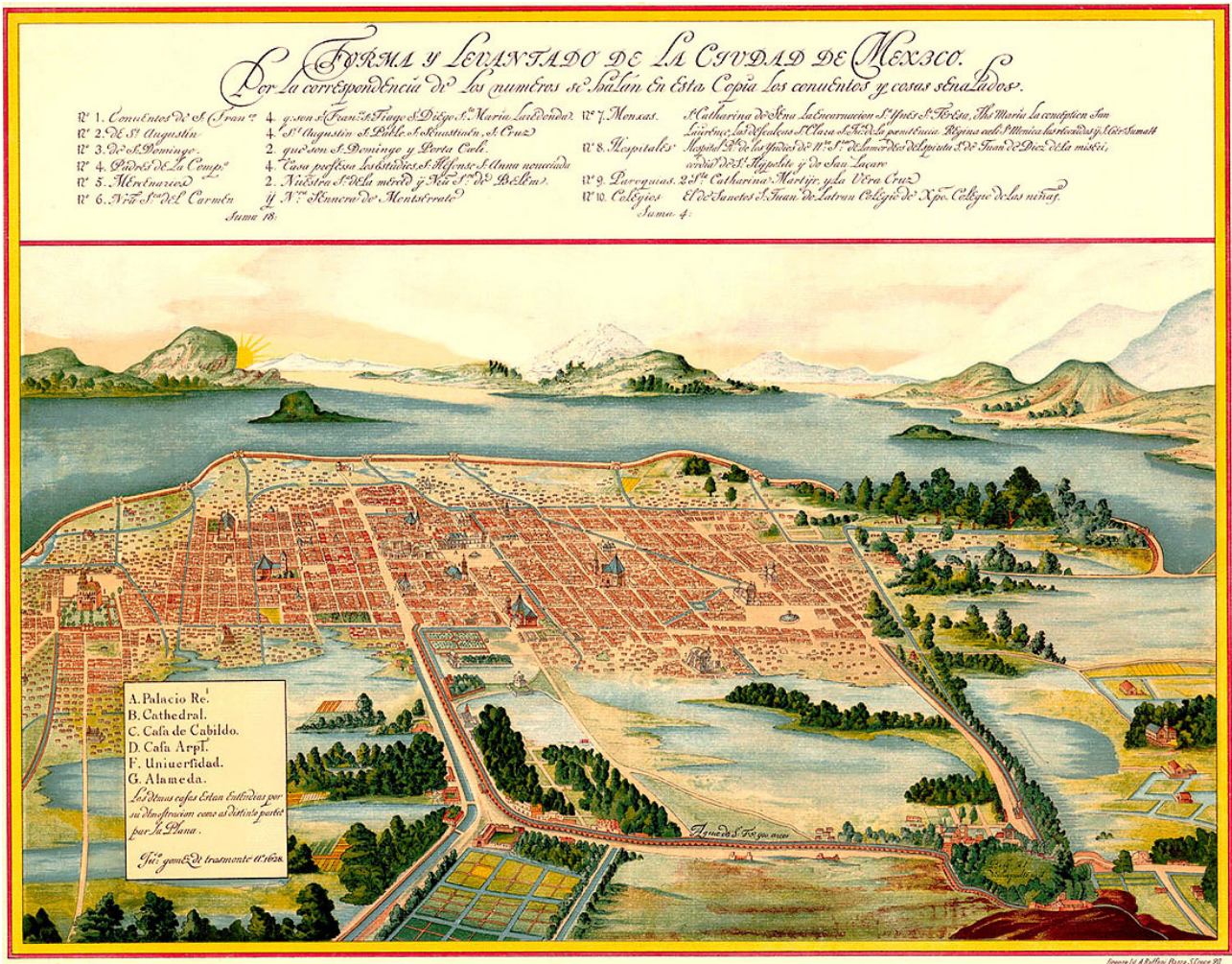


Fig. 1. Juan Gómez de Trasmonte. Vista de la Ciudad de México. Óleo sobre lienzo. 1628.

principal de comunicación, utilizando canoas— a veces salvados por puentes levadizos de madera en puntos específicos, y calzadas peatonales: las tres más grandes e importantes de estas conectaban la ciudad con la tierra firme, y, elevadas por sobre el nivel del lago, cumplían además la función de diques³. Además, el agua dulce para lavarse y beber —el lago de Texcoco es generalmente salado— llegaba directamente a Tenochtitlán a través de acequias y acueductos, estos últimos reseñados por Humboldt como “monumentos de construcción moderna”⁴. El acueducto de Chapultepec —aparentemente el más notable, “todo en cantería”, descrito con gran admiración por cronistas como Díaz Del

Castillo⁵— fue destruido durante los primeros momentos de la Conquista, pero se recompuso en una versión más pobre bajo la ocupación española; complementándose con otro, el de San Cosme-Santa Fe.

Los problemas de drenado y desagüe de la ciudad fueron desde siempre los dolores de cabeza más graves a los que se enfrentaron los gobernantes de Tenochtitlán, y las inundaciones el fenómeno más temido. Lo demuestra ya la construcción de la albarrada de Netzahualcōyotl, según las crónicas de 12000 metros de largo y veinte de ancho, encargada con gran urgencia por Moctezuma I y realizada en 1446

para proteger la ciudad de los desbordes del lago Texcoco tras un problema de este tipo⁶. Este dique se construyó como un muro de piedra y arcilla, apoyado a ambos lados por una palizada de madera, y algunos de sus restos eran todavía visibles en el siglo XIX en la llanura de San Lázaro.

Pero esta solución, que Humboldt propone era razonablemente efectiva para un pueblo adaptado orgánicamente al ambiente lacustre. Esto no resultó suficiente para la capital virreinal de la Nueva España, establecida sobre Tenochtitlán como una muestra de dominio, demoliendo los antiguos edificios y estableciendo un nuevo trazado urbano⁷. En las últimas décadas, los especialistas⁸ han enfatizado cómo las acciones de los españoles por transformar el espacio en uno más semejante al que estaban acostumbrados —talando un gran número de árboles, introduciendo la agricultura con arado de hierro, cubriendo canales para sobre ellos hacer calles, construyendo pesadas estructuras en piedra para casas y palacios— inadvertidamente produjo la ruptura del balance acuífero en el valle, con la consecuencia inmediata de inundaciones frecuentes⁹. La primera de estas, inscrita históricamente en un siglo de permanente angustia ante posibles rebeliones indígenas, se dio en 1553 —y le siguieron otras graves en 1580, 1604, 1607—.

Las autoridades virreinales intentaron infructuosamente tomar medidas mediante la construcción de nuevos diques —entre ellos el gran albarradón de San Lázaro— y calzadas alrededor de la ciudad, finalmente apoyando en 1607-1609 la construcción de un gran “desagüe” a cargo del ingeniero y Cosmógrafo Real, Enrico Martínez —no está claro si era alemán, francés o español— para evacuar las aguas de los lagos vecinos, Zumpango y San Cristóbal, que ante fuertes lluvias crecían e inundaban el Texcoco y la ciudad de México al encontrarse más elevados topográficamente. También se planeó re-dirigir el río Cuautitlán, cuyo caudal normalmente incrementaba las aguas del lago de Zumpango.

El drenaje de Martínez, llamado de Huehuetoca o Nochistongo, era por tanto una obra de monumentales proporciones, y su construcción necesitó de grandes cantidades de dinero y de la mano de obra de miles de trabajadores indígenas¹⁰. La idea era dirigir las aguas hacia el norte, alejándolas de la ciudad: el recorrido empezaba por 6.26 km como un canal o tajo abierto desde el lago de Zumpango hasta el pueblo de Huehuetoca, en el noroeste del valle. Luego se convertía en un túnel de entre 1.5 y 2.5 metros de ancho y unos 3.3 metros de alto, que continuaba subterráneamente —a unos 45 metros por debajo del suelo en el punto más profundo— hasta un lugar denominado Boca de San Gregorio, unos 6.2 km más al norte. Un canal continuaba hasta Nochistongo, luego al río Tula y finalmente al golfo de México. El recorrido total del desagüe era de casi 13 kilómetros¹¹.

Desde el primer momento esta obra tuvo problemas con el lodo acumulado en los sectores subterráneos del recorrido¹² y existieron dudas sobre su efectividad: lo cierto es que funcionó más o menos uniformemente¹³ hasta 1629.

En la noche del 20 de septiembre de ese año, víspera de la festividad de San Mateo, comenzó

117

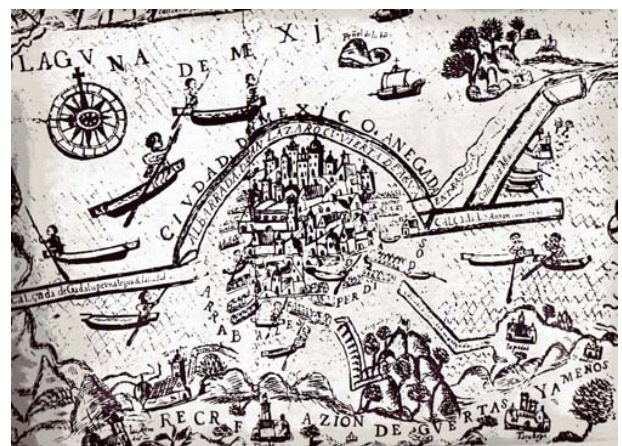


Fig. 2. Autor anónimo. Detalle de dibujo a tinta mostrando la inundación de México de 1629. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

una copiosa lluvia, que duró tres días¹⁴. Ya en la mañana del 22 la ciudad estaba inundada por un metro de agua, y circulaban canoas en las principales calles- y la situación continuó agravándose, alarmando a la población y a sus autoridades. Increíblemente, la ciudad permaneció inundada durante los cinco años siguientes: se trató de la mayor catástrofe de este tipo en la historia de la ciudad de México¹⁵. La destrucción fue tan dramática y las pérdidas humanas y materiales tan grandes¹⁶ que el entonces virrey, Rodrigo Pacheco y Osorio, tercer Marqués de Cerralbo, debió considerar seriamente el traslado de la ciudad.

La propuesta para la mudanza llega desde la corte de Felipe IV en Real Cédula del 19 de mayo de 1630¹⁷, y se seleccionaron las lomas que se extendían entre Tacuba y Tacubaya, a unos 7 kilómetros al oeste en “tierra firme”, como el lugar para la nueva fundación- pero esta nunca se realizó. Los motivos para ello fueron de toda índole, pero fundamentalmente económicos: trasladar la capital del virreinato de Nueva España era una empresa titánica, sobre todo cuando en su esplendor se trataba de la ciudad más importante del imperio español en Norteamérica, sede de la mayoría de instituciones del gobierno. Se calcularon necesarios unos cincuenta millones de pesos —una cifra a decir lo menos impresionante— para el traslado “*al contar quince conventos de religiosas, suntuosos templos, ocho hospitales, seis colegios, una iglesia catedral, siete conventos de religiosos, dos parroquias, casas reales, un arzobispado, el Santo Oficio, una universidad, cárceles y otras obras públicas, sin haberse incluido los inmuebles particulares*”¹⁸.

En reunión del Ayuntamiento se discutieron estas consideraciones: el resultado, que incluyó la opinión popular —por lo menos de las familias que habían permanecido en la ciudad, pues muchas de ellas se trasladaron a asentamientos como Puebla— indicó al Virrey “*que de ninguna*

manera se pensara en pasar la ciudad a otra parte”¹⁹. Un punto importante en esta decisión, acogida favorablemente por el Virrey, fue un tema emocional: las lamentables experiencias sufridas y el temor que ello engendró en la gente —aún con la inundación percibida como “castigo divino”—, unidas a la perspectiva de un futuro incierto, a la fe en imágenes como la Virgen de Guadalupe y a un cierto apego al lugar ya establecido, contribuyeron seguramente en este sentido²⁰.

Finalmente se decidió retomar el proyecto del desagüe, ampliándolo hasta llegar al lago Texcoco²¹, una intervención que tomaría todavía muchas décadas en concluirse a cabalidad. Los siguientes años estuvieron marcados por la peste y los problemas propios de la reconstrucción, pero México siguió en su ubicación histórica.

2. 1746, LIMA: LA TIERRA TEMBLÓ EN OCTUBRE, Y SE SALIÓ EL MAR

La ciudad de Los Reyes de Lima fue la capital del Virreinato del Perú desde su fundación española en enero de 1535: a partir de un asentamiento relativamente menor, pasó a convertirse en el siglo XVII en el más importante centro urbano de Sudamérica, corazón del poder político, la administración económica —sobre todo orientada a la riquísima extracción minera posible en el país— y la producción cultural de la región²². Lima era entonces una ciudad multiétnica de unas 50000 personas, cabeza de la Real Audiencia, con la universidad más antigua del continente y un número impresionante de iglesias e instituciones religiosas, entre ellas el primer hospital de españoles de América, San Andrés. La ciudad estaba organizada en la cuadrícula típica de las fundaciones de la Conquista, con la particularidad de tener la plaza mayor o de armas —sede de los poderes políticos y religiosos, como era común en ultramar— desfasada del centro del trazado, hacia el río.



Fig.3. Portada lateral de San Agustín de Lima.
Fotografía: Adriana Scaletti. 2018.

Pero además, Lima se encontraba —se encuentra— en la franja costera del continente que se apoya en la placa tectónica de Nazca, cuya subducción marca a la zona como altamente sísmica y parte del llamado “cinturón de fuego” del Pacífico. El histórico peligro de los terremotos en la costa peruana era ya un viejo conocido de los constructores limeños: aquellos habían servido a un tiempo de advertencia y experimento para decidir sobre alturas, materiales y estructuras; y las autoridades desde los primeros años del virreinato habían emitido ordenanzas para regular la arquitectura local según estas experiencias- con impacto variable. De todos los desastres sufridos en la larga historia sísmica de la ciudad, el de 1746 —con el agregado de un maremoto— fue seguramente el más grave hasta el presente.

A las diez y media de la noche del 28 de octubre de 1746 el Marqués de Ovando —Don Francisco José de Ovando y Solís—, estaba sentándose a cenar en su casa al este de la plaza mayor de la ciudad, en los llamados Barrios Altos. El sismo que se desencadenó en ese momento hoy se calcula de una magnitud de aproximadamente 8.6 en la escala de Richter, con una intensidad de X-XI en la escala modificada de Mercalli. Duró “tres credos”²³, esto es, poco más de tres minutos. Ovando, tremendamente asustado pero afortunadamente ileso con la mayoría de su familia —probablemente se refugiaron en el patio de su gran casa— salió a caballo hacia la Plaza Mayor a encontrar al Virrey y pedir instrucciones: en las pocas calles que recorrió, observó entre sombras la destrucción causada y en su testimonio señaló que “no hay hipérbola que pueda expresar tanta tragedia en tan corto tiempo”²⁴.

A este terrible terremoto, devastador más allá de toda previsión, le siguió apenas unos minutos después un no menos terrible *tsunami*, con olas de proporciones enormes que hicieron desaparecer completamente el vecino puerto del Callao, destruyeron una serie de naves que allí se encontraban ancladas, y penetraron hasta una legua por tierra hacia la ciudad²⁵. La población de Lima, enormemente golpeada en cuanto a su infraestructura administrativa, material y de defensa, sobrevivió con grandes padecimientos a esta gigantesca catástrofe, aunque disminuida en más o menos 1200 personas. En el Callao, completamente destruido, sobrevivieron apenas un par de centenares.

Al amanecer del día 29 de octubre, el desolador panorama, la terrible noticia de lo sucedido en el Callao y la persistencia de miles de réplicas empujaron a muchos limeños a encomendarse a lo divino —el auge de la imagen del Señor de los Milagros o Cristo de Pachacamilla²⁶ es de este momento—, pensando en el desastre como un

castigo de Dios²⁷. Las numerosas procesiones y misas no fueron suficientes, sin embargo, para aplacar los miedos a futuras enfermedades, carencia de alimentos o la sublevación de los indígenas, negros y mulatos que vivían en la capital, un temor compartido por las elites en momentos semejantes durante todo el virreinato.

El Virrey José Antonio Manso de Velasco —a quien luego, en memoria de sus acciones frente a este desastre, se le otorgó el título de Conde de Superunda— y el consejo de la ciudad de Lima comenzaron entonces por asegurar, junto con el restablecimiento del orden público, las necesidades básicas de agua y comida para la población, y luego tuvieron casi inmediatamente que plantearse las posibilidades a futuro de la ciudad en cuanto estructura física²⁸.

Se vio rápidamente que existían dos líneas de pensamiento al respecto entre los notables de la Ciudad de los Reyes llamados a deliberar: la reconstrucción de Lima con idéntica configuración a la original, la misma traza y en el mismo lugar; o el traslado de la ciudad a una región menos expuesta a los fenómenos sísmicos que assolaban el valle del Rímac. Se propuso como alternativa de nueva locación para el traslado, por ejemplo, el cercano valle de Lurigancho, hacia el este, al pie del cerro San Bartolomé²⁹. Desde el siglo XXI, podemos permitirnos compadecer a estos antiguos vecinos que ingenuamente imaginaban que esa distancia sería suficiente para protegerlos de catástrofes que claramente se manejan a toda otra escala. Sin embargo, lo cierto es que esta bienintencionada prudencia, impulsada por científicos como el Cosmógrafo Mayor Luis Godin³⁰, finalmente no tuvo suficiente acogida entre los deliberantes.

Como en el caso de la capital mexicana un siglo antes, las razones por las que no se trasladó Lima fueron múltiples³¹: entre ellas, se cuentan el apego emocional de los vecinos a la ciudad ya visto en México, la necesidad formal de pedir

y esperar —por largos meses— la aprobación del Rey para actuar, y, por sobre todo, los tremendos costos de una nueva fundación. Manso de Velasco calculaba, por ejemplo, que solo en crear una nueva infraestructura de acequias y desagües deberían gastarse “millones”, y un informe preparado por los alarifes más importantes de Lima declaró que volver a construir la catedral y el palacio virreinal significaría un costo de más de ocho millones de pesos, mientras que una reconstrucción in situ podría manejarse con apenas 1300000 pesos³².

La discusión limeña estuvo matizada además por un componente económico que la prolongó por más de dos meses: los censos —sustancialmente créditos hipotecarios dados por ejemplo por “una vida” — que entonces se encontraban generalmente en manos de los monasterios femeninos y otras instituciones religiosas y que servían como sus rentas principales. El traslado de la ciudad suponía su anulación, y aunque algunos vecinos veían esto con buenos ojos, lo cierto es que creaba un desbalance de graves proporciones a la economía de los y las religiosas- y con ello a la mayoría de organizaciones de asistencia como hospitales. Finalmente, esto también pesó en contra del traslado y Lima se quedó en su sitio en el valle del Rímac.

120



Fig. 4. Quincha en Lima. Fotografía: Adriana Scaletti. 2018.

El puerto del Callao, por otra parte, había sido borrado completamente del mapa y no quedaba nada que reconstruir. En el lugar se edificó *ex novo* una fortaleza, el Real Felipe; y los almacenes y servicios se mudaron con la población a un cuarto de legua hacia el interior, fundando el nuevo asentamiento de Bellavista.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

En ambas “mudanzas suspendidas” encontramos algunos elementos en común: los más notables, el tema del apego emocional de la población a las ciudades y lo absolutamente determinante del componente económico, sobre todo al tratarse de las dos más grandes capitales de la América española. En menor medida, son también curiosas las coincidencias en cuanto a las decisiones finales de las autoridades: apremiados ya desde la corona, ya desde la comunidad científica, los virreyes se apoyan en los vecinos y se decide permanecer en la ubicación tradicional. Así, México y Lima lograron recomponerse tras los desastres tomando las decisiones localmente³³.

¿Habrían mejorados las condiciones de vida y de seguridad de la población si se hubieran realizado las mudanzas propuestas? Esto podría abordarse desde el estudio de Antigua (Guatemala) o Concepción (Chile), que sí fueron finalmente reubicadas. Para los casos estudiados, sabemos con certeza que en México la amenaza de inundaciones habría desaparecido, tal vez al precio de perder el valor simbólico de dominio sobre la antigua ciudad azteca. En Lima la mudanza todavía habría colocado a la capital del virreinato en un área sísmica, pero el tema crucial allí se refería a los métodos y materiales de la reconstrucción, y a la traza del nuevo asentamiento. Si las autoridades hubieran seguido las ideas de Godin, las calles habrían tenido proporciones más amplias, las casas menos niveles, y las iglesias habrían renunciado a levantar torres. Así, la ciudad habría sido más segura, pero tal vez algo habría perdido en carácter.

Al final, en ambas ciudades capitales la elección fue la misma: el entorno construido se valoró frente al desastre, y perseveró por el poder del *genius loci*.

NOTAS

¹Este estudio se realizó en colaboración con el Grupo Interdisciplinario de Investigación *Patrimonio Arquitectónico PUCP*, especialmente gracias a sus miembros Víctor Álvarez y Juan Manuel Parra.

²Existe numerosa bibliografía relativa a los aspectos históricos y míticos de esta fundación. Véase por ejemplo ANDA, Enrique de. *Historia de la Arquitectura Mexicana*. Barcelona: Gustavo Gili, 2015.

³La más hacia el norte de estas calzadas conectaba a Tenochtitlán con Tepeyac; la del oeste con Tlacopán y la del sur con Iztapalapa, con una bifurcación hacia Coyoacán.

⁴HUMBOLDT, Alexander Von. *Breviario Del Nuevo Mundo*. Barcelona: Linkgua, 2010, pág. 138.

⁵DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Madrid: Real Academia Española, 2011, pág. 45.

⁶Siguiendo, según Humboldt, el consejo de Netzahualcōyotl, rey de Texcoco, de quien toma el nombre. Véase HUMBOLDT, Alexander Von. *Political essay on the kingdom of New Spain*. New York: Knopf, 1814, págs. 88-89.

⁷Inmediatamente después de la caída oficial de Tenochtitlán, Hernán Cortés y sus hombres se establecieron temporalmente en Coyoacán, al sur del lago de Texcoco. Cortés insistió luego en establecer la capital oficial del dominio español en el territorio sobre la antigua capital azteca, y a una primera definición de la traza siguió otra más tarde, bajo el virrey Antonio de Mendoza.

⁸Véase, por ejemplo, BELTRÁN, Enrique. *El hombre y su ambiente: ensayo sobre el Valle de México*. Ciudad de México: Tezontle, 1990, págs. 86, 245-246. También GIBSON, Charles. *The Aztecs under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico, 1519-1810*. Stanford: Stanford University Press, 1964, págs. 5, 305. Y HOBERMAN, Louisa Schell. "Technological Change in a Traditional Society: The Case of the Desagüe in Colonial Mexico". *Technology and Culture* 21 (1980). pág. 389.

⁹La ocupación española de Tenochtitlán para establecer la nueva ciudad europea ya había sido un tema de intensa discusión entre Cortés y sus seguidores precisamente por este percibido peligro. Véase al respecto KUBLER, George. *Art and architecture in Spain and Portugal and their american dominios, 1500-to 1800*. Baltimore: Penguin Books, 1959, págs. 74-75.

¹⁰Al respecto, comenta Humboldt: "The unfortunate Indians were treated with the gretest severity" (*Political essay on the kingdom...* Op. cit., págs. 94, 111, 126-127). El texto de Hoberman "*Technological Change...*" menciona por lo menos unos 4700 trabajadores, un 15% de la población masculina adulta del valle según cálculos a la baja. Y en carta a Su Majestad, el virrey Luis de Velasco El Joven anunciaba la primera apertura del canal a 18 de septiembre de 1608 "aunque la grandeza de la obra mostraba tantas dificultades que parecía imposible tener éxito" (Archivo General de Indias —en adelante AGI— Audiencia de México, Mexico, 27, N. 57, f. 1v.).

¹¹HOBERMAN, Louisa Schell. *Technological Change in a Traditional Society...* Op. cit., págs. 390-391. La historia de este gran proyecto es interesante desde múltiples perspectivas, entre ellas la tecnológica, que desarrolla con más profundidad esta autora. Críticas y propuestas alternativas al desagüe se presentaron numerosas en su momento, contándose entre las más notables la de Adrián Boot, ingeniero de los Países Bajos.

¹²Humboldt sostiene que esto se debió en parte a las dimensiones y forma del túnel, y en parte al no haber aprovechado los españoles la técnica de filtrado de los indígenas que hacían pasar el agua por petates tejidos, separando el lodo. (HUMBOLDT, Alexander Von. *Political essay on the kingdom...* Op. cit., pág. 98).

¹³A decir de Humboldt, el Virrey Marqués de Gelvez (1621-24) en 16—decidió suspender los trabajos de mantenimiento y ampliación para ver si efectivamente eran tan necesarios como le habían hecho suponer. La subida inmediata de las aguas en el lago Texcoco le hizo reconsiderarlo casi inmediatamente. (HUMBOLDT, Alexander Von. *Political essay on the kingdom...* Op.cit., pág. 99).

¹⁴ALEGRE, Francisco Javier. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España, que estaba escribiendo el p. Francisco Javier Alegre al tiempo de su expulsión*. Publicada por Carlos María Bustamante. México: Impreso por J. M. Lara, 1842, págs. 179-180.

¹⁵HUMBOLDT, Alexander Von. *Political essay on the kingdom...* Op. cit., pág. 100.

¹⁶"En carta que escribió este prelado [Francisco Manso y Zúñiga, arzobispo de México] a Felipe IV, con fecha 16 de Octubre del mismo año de 1629 [...] le hizo una relación circunstanciada de los grandes daños causados por la inundación, diciendo entre otras muchas cosas, que habían muerto más de treinta mil indios; que de veinte mil familias españolas que había en la ciudad no habían quedado en ella más de cuatrocientos vecinos; que México parecía un cadáver, que no se conoció hombre rico, que las comunidades, iglesias y obras pías perdieron grandes cantidades, que de limosna comían muchos religiosos y monjas, que el comercio estaba muerto, perdidos los tributos y en ruina los edificios". GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiastico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales: vidas de sus arzobispos, obispos, y cosas memorables de sus sedes ...* Madrid: Diego Diaz de la Carrera, 1649-1655, pág. 61. El arzobispo ordenó también el traslado temporal de la Virgen de Guadalupe, de gran devoción, desde su templo a la catedral (en un nivel más elevado) en canoa, algo nunca visto antes.

¹⁷Llanos y Fernández cita la sorpresa de S.M. de que "entre tantos arbitrios y medios no se hubiera tratado de mudar la ciudad a un sitio mejor". (LLANAS y FERNÁNDEZ, Roberto. *Ingeniería en México, 400 años de historia*. Ciudad de México: UNAM, 2012, pág. 147). Véase también O'GORMAN, Edmundo. *Guía de las actas de cabildo de la ciudad de México siglo xvi*. México: FCE-DDF, 1970.

¹⁸LLANAS y FERNÁNDEZ, Roberto. *Ingeniería en México...* Op. cit., pág. 148.

¹⁹Ibidem.

²⁰Véase al respecto estudios como los de MUSSET, Alain. "Mudarse o desaparecer: traslado de ciudades hispanoamericanas y desastres (siglos xvi-xviii)". En: GARCIA ACOSTA, Virginia (Ed.). *El estudio histórico de los desastres*. Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1996, págs. 46-48. También, entre otros: "Los traslados de ciudades en América: autorretrato de una sociedad en crisis". *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla) 62 (2005), págs. 77-102.

²¹Véase al respecto AGI, Mexico,30,N.33, f. 1r.

²²Según sugiere Alejandra Osorio (*Inventing Lima. Baroque Modernity in Peru's South Sea Metropolis*. New York: Palgrave Macmillan, 2008), el florecimiento de la ciudad se apoyó en la voluntad del gobierno español de romper el vínculo histórico con el Imperio inca —cuya capital había sido Cusco, en los Andes— construyendo y apoyando una nueva capital situada en la costa oceánica. Tras un momento de apogeo sobre todo en el siglo xvii, el siglo xviii significó sin embargo el inicio de una gradual disminución de su relevancia, ante la creación de nuevos virreinos y capitanías que dividieron el territorio bajo su control, y problemas económicos y políticos.

²³AGI, Lima 787. *Desolación de la ciudad de Lima y diluvio del puerto del Callao. Cerrose esta relación en seis de noviembre de cuarenta y siete y sigue la calamidad que dará materia a la más larga explicación de los venideros sucesos. En Lima en la imprenta nueva que estaba en la calle de los Mercaderes —relación del capitán Victorio MONTERO, en 1746.*

²⁴La carta en que Ovando relata estos eventos, con otras, se encuentra recopilada en Manuel de Odrizola. 1863. *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y que la han arruinado*. Existen además testimonios semejantes desde todas las instancias de la sociedad: escribió, por ejemplo, el párroco de la iglesia de San Sebastián, al oeste de la Plaza Mayor que “Lima quedó hecha un corral sin ninguna casa donde habitar. Dios por su misericordia nos de la gracia y el tiempo para llorar”. [Archivo Arzobispal de Lima. Parroquia de San Sebastián. Libro de bautizos de españoles (1733-1759). No. 5, f. 167v.] Véase además LLANO Y ZAPATA, José Eusebio de. *Carta ó diario que escribe D. Joseph Eusebio de Llano y Zapata, a su mas venerado amigo y docto correspondiente, el doctor Don Ignacio Chirivoga y Daza en que con la mayor verdad, y critica mas segura le dá cuenta de todo lo acaecido en esta capital del Perú, desde el viernes 28 de octubre de 1746...* Madrid: imprenta de Juan de Zúñiga, 1748. También un reciente estudio aborda al personaje tanto en su labor en Lima como en Manila, haciéndose eco de estos pasajes: LUENGO GUTIÉRREZ, Pedro. *Intramuros. Arquitectura en Manila. 1739-1762*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2012, págs. 198-201.

²⁵Véase PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio. *Retrato de una ciudad en crisis. La sociedad limeña ante el movimiento sísmico de 1746*. Sevilla: CSIS, Escuela de Estudios Hispano Americanos; Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, 2001. También SILGADO, Enrique. *Historia de los sismos más notables ocurridos en el Perú (1513-1974)*. Lima: Instituto de Geología y Minería, Boletín 3, enero 1978.

²⁶Al respecto son interesantes las reflexiones de María Rostworowski en cuanto a la relación de esta devoción con el culto prehispánico a Pachacamac, también Señor del Inframundo y de los temblores (ROSTWOROWSKI, María. *Pachacamac y el Señor de los Milagros: una trayectoria milenaria*. Lima: IEP, 1992).

²⁷El terremoto de Lisboa, tras el que por primera vez se considera en el Imperio Español a estos fenómenos como algo analizable científicamente y no desde la fe, será pocos años después, en 1755.

²⁸Toda la discusión post-terremoto está ampliamente documentada en AGI, Lima 511.

²⁹No existe consenso entre los autores respecto al lugar oficialmente propuesto. Algunos, como Jorge Bernal Ballesteros (*Lima, la ciudad y sus monumentos*. Sevilla: Escuela de estudios Hispano-Americanos. 1972, pág. 308), sugieren que la zona elegida estaba en los llanos de la antigua hacienda El Pino (la zona del actual distrito de San Luis), en “las faldas del cerro San Bartolomé”. Otros autores, como Isaac Sáenz (SÁENZ, Isaac. “Eventos sísmicos e intervención urbana en Lima tardo virreinal”. *Revista del Colegio de Arquitectos del Perú* (Lima), 5 (2007), pág. 38), sugieren que la mudanza se propuso a un lugar más cercano del mismo valle de Lurigancho: Santa Inés. Este paraje está a unos 25 Km de Lima, mientras que el cerro San Bartolomé que menciona Walker (WALKER, Charles. *Colonialismo en ruinas : Lima frente al terremoto y tsunami de 1746*. Lima: IEP, 2012, pág. 206) se encuentra definitivamente más alejado, a alrededor de 50 Km, siempre hacia el este de la capital virreinal.

³⁰Los informes de Godin muestran una idea muy clara de previsiones que hoy consideramos vitales en la construcción antisísmica, como la prohibición de construir con elementos demasiado pesados o rígidos en los segundos niveles de los edificios, o la urgencia de tener calles amplias que permitan escapar al momento del terremoto. Siguiendo sus consejos, el Virrey intentó obligar por bando oficial a los vecinos de Lima a eliminar sus segundos pisos con balcones, pero fracasó clamorosamente.

³¹WALKER, Charles. *Colonialismo en ruinas...*Op. cit., págs. 90-105. También es importante PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio. *Retrato de una ciudad en crisis...*Op. cit., págs. 131-135.

³²PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, Pablo Emilio. *Retrato de una ciudad en crisis...*Op. cit., pág. 132. Lo que no se aclara es si estas reconstrucciones u obras nuevas se harían en idénticos materiales a las originales- o con elementos “mestizos” como la quinchá —paramento en caña trenzada revestida de barro— que resultaban más económicos, flexibles y ligeros, aunque menos valorados socialmente.

³³Por otra parte y considerando las reformas borbónicas contemporáneas, la reconstrucción de Lima en el mismo lugar que siempre ocupó fue, de alguna manera, la victoria de los conservadores frente al pensamiento ilustrado del siglo xviii.